



# PRIMERA PARTE

## DEL ESCLAVO DE SU DAMA,

### DON FELIX DE ROXAS.

**T**odos los enamorados,  
que tiernamente enamoran,  
y á las rejas de sus Damas  
de dia, y de noche rondan,  
sintiendo varios disgustos,  
padeciendo mil zozobras  
en desvelos, y cuidados,  
y en ansias de amor zelosas:  
Y para que todos sepan  
aquesta historia famosa,  
aprestense los oídos,  
y atiendan, si no se enojan,  
del mayor enamorado  
que ha tenido España toda,  
y por desdichas que tuvo  
se coronó de sus glorias,  
en un impensado caso:  
maravilla prodigiosa!  
Sucedió, pues, que á Sevilla  
vino un Don Felix de Roxas  
de la coronada Villa  
de Madrid, porque le importa,

haviendo matado á un Duque,  
por cuya ocasion forzosa  
oculto en Sevilla estaba,  
disfrazada su persona.  
Paseandose en sus calles,  
sin que nadie lo conozca,  
vió una dama, vió un prodigio  
de belleza, tan hermosa,  
que en ver sus hermosos ojos,  
alma, y corazón le roba.  
Supo, en efecto, quien era,  
y como el padre se nombra  
Don Pedro Caravajal,  
de calidad, y prendas todas,  
y ella Doña Margarita,  
cuya hermosura preciosa  
de belleza cautivaba  
á dulce cadena heroica.  
La pretendian amantes  
con festejos, y con obras,  
quando era la Dama Dafne  
en verse tan desdeñosa,



ò por no verse casada,  
que su dictamen lo estorva,  
ò por no rendir à un hombre  
un alma tan orgullosa,  
ni rendir su corazon  
à la voz de una lisonja,  
ò huyendo de las cautelas,  
que amor trae entre ponzoñas.  
Era hija del rigor  
contra todo el que la adora;  
pero Don Felix trató,  
con el amor que le sobra,  
de escribirle quatro letras,  
à ver si fina le otorga  
el fin de sus esperanzas:  
con una criada propria  
le escribió muchas ternezas,  
tan dulces como amorosas;  
mas razon jamás oyó,  
aunque la aguarda por horas.  
Segunda, y tercera vez  
escribe, y algunas joyas,  
con tanto encarecimiento,  
quanto su amor hace cosas,  
à que rendido tributa  
ansias, penas, y congoxas:  
pero ella los rompía  
desesperada, y furiosa,  
y las joyas à la calle  
hechas pedazos arroja,  
y à saber quien era el dueño,  
la muerte le diera ansiosa,  
porque era un bolcán su pecho,  
y un fuego quanto acrysolá,  
sin permitir que jamás  
pudiese alguna persona  
verla en ventana, ni en calle,  
por estar tan enfadosa.  
Pero viendose Don Felix,  
que ardia de aquesta forma,

y su amor le daba voces,  
porque nada de esto logra,  
discurrió el mas raro hecho,  
que en España, Grecia, ó Roma  
jamás en hombre se ha visto  
idéa mas prodigiosa.  
Se fue à casa de un Pintor,  
y hablando con él à solas,  
le dice: Que una comedia  
se representa famosa  
del Esclavo de su Dama,  
y que ván à hacerla ahora,  
y haciendo el primer papel,  
con esto se perficiona,  
poniendo en su cara hierros  
(aunque hierros amor dora)  
con un pincél, como Esclavo,  
fixe hierros, clavos ponga.  
Hizolo el Pintor, y luego  
aquella noche à deshora  
fue à la calle de la Dama,  
yá la pasea, y la ronda,  
con pretexto que si viene  
la Justicia poderosa,  
lograr su intento; y fue así  
decirlo, y hacerlo cosa  
cierta. La Ronda venia,  
y Don Felix conocióla:  
hizo entonces que huía,  
y era en correr una posta,  
cogieronlo en breve espacio,  
y él turbado se alborota,  
porque supo fingir bien  
para entablar su tramoya.  
Pero viendo la Justicia  
su turbacion tan notoria,  
pensando otra cosa era,  
àzia la carcel le aportan.  
A lo qual respondió él:  
Cavalleros, no me pongan

en

en la carcel, porqué soy,  
por dicha, y desdicha loca,  
de Caravajal Esclavo,  
padre de la Dama hermosa.  
Ofuscados à su casa  
lo llevaron, y de forma  
fue, que à Don Pedro llamaron,  
donde hacen que responda.  
Salió Don Pedro, y le dixo  
el Cabo de dicha Ronda:  
que à su Mulato guardase,  
que no es justo, que à deshora  
anduviese por la calle,  
no habiendo ocasion forzosa.  
Don Pedro quedó confuso,  
que lo que dicen ignora:  
metiolo en casa, ofreciôles  
à la gente alguna cosa.  
Solo en un quarto le mete,  
hasta que rompió la Aurora,  
y con sus rayos el Sol  
las cumbres, y peñas dora.  
Se levantó el Cavallero,  
llamó à su hija, y à solas  
le cuenta lo que le pasa,  
la confusion que le asombra:  
y para que se averigue,  
y al Esclavo lo conozca,  
mandólo llamar, y él,  
subió como una pelota.  
Entró en el quarto, y mirando  
à la hermosura que adora,  
la belleza que le rinde,  
los ojos que le aprisionan,  
disimuló quanto pudo,  
y humilde à sus pies se postra.  
Dixole el amo: Quién era?  
Y él respondió el alma absorta:  
Yo, señor, soy de Madrid,  
y de Don Felix de Roxas

Esclavo: La Dama oyólo,  
y el nombre sobresaltóla,  
porque leyó en los papeles  
lo que he referido ahora.  
Y dixo, pues, que su amo  
lo maltrataba con obras,  
y con peores palabras,  
dexélo por estas cosas,  
y así oculto de Madrid  
vine, sin que me conozcan,  
à valermé de ese amparo,  
por mi suerte tan dichosa.  
Quieres que escriba, le dixo,  
à tu amo, que esto ignora?  
No señor, yo escribiré  
en otra ocasion forzosa.  
Dexaronlo, pues, en casa,  
sirvió con lealtad muy pronta,  
muy solícito, y muy fiel,  
como que el serlo le importa,  
sin que pudiese jamás  
lograr nada à tanta costa.  
Andaba otro amante fino  
con el alma muy penosa,  
enamorado, y rendido  
por Margarita la hermosa,  
à quien Don Felix valiente,  
una noche tenebrosa  
acuchilló de manera,  
que un rayó de un trueno aborta,  
aunque jamás no parece  
borraba de su memoria  
este amor, que pretendia  
salir con mayor victoria.  
Sucedió, pues, que una tarde  
salieron en la Carroza  
Don Pedro, y su amada hija  
à una Comedia famosa,  
que en aquella misma tarde  
representan prodigiosa,

sien-

siendo el espejo del gusto,  
y de delicias preciosas.  
Al Coliseo caminan,  
vá el Esclavo, poco importa,  
adonde seis Cavalleros,  
con Don Agustin de Rocas,  
que aqueste nombre tenia,  
el amante que le adora,  
y en este parage estaba  
detenida la Carroza,  
y al salir la Dama, allí  
cayó, sin querer, penosa.  
Fue el galán à levantarla,  
con el alma deseosa,  
y Don Felix que lo vió,  
pronto acude, à ella se arroja,  
y el galan de un repujon  
le arroja à las piedras toscas:  
y viendose desairado,  
empuñó luego la hoja,  
y los demás Cavalleros  
viendo à un Mulato sin honra,  
llamandole perro vil,  
le acometen de tal forma,  
que diez heridas le dieron,  
y algunas muy peligrosas,  
y que à no ser por Don Pedro,  
no hay duda matarlo ahora.  
Entraron en la Comedia,  
si bien la Dama quequosa  
estaba por el agravio,  
y por el Esclavo llera,

por aborrecer ingrata  
à Don Agustin de Rocas.  
Viendose tan mal herido,  
los hierros del rostro borra,  
y fue al Hospital llamado  
del Cardenal, donde informa,  
que por quererlo robar  
una cuadrilla ladrona  
de hombres viles, lo hirieron,  
donde casi el alma aborta.  
Pusieronlo en una cama,  
cuya diligencia pronta  
tiene siempre la asistencia  
de la gente cariñosa.  
Sucedió, pues, que Don Pedro,  
en una fiesta grandiosa  
entró en aqueste Hospital,  
ó por devocion zelosa,  
vió à los enfermos, vió à Felix,  
y absorta el alma se asombra  
en vér que se parecia  
al Esclavo que no goza.  
Y con aqueste cuidado  
se fue à su casa, y à solas  
le contó à su hija quanto  
queda referido ahora  
del Esclavo; y como estaba  
à él parecido en forma.  
Adonde Lucas del Olmo  
promete de aquesta historia  
otro segundo Romance,  
si al Auditorio no enoja.

F I N.

Con licencia: Se hallará en Madrid en la Imprenta y Librería de  
Andrés de Sotos, calle de Bordadores, frente de S. Ginés.





## SEGUNDA PARTE

DE COMO DOÑA MARGARITA FUE A VER  
á su Amante á el Hospital disfrazada, y el fin  
dichoso de sus sucesos.

**S**Upuesto, que prometí  
en esta historia ya dicha  
el referir lo demás,  
es justo que así prosiga.  
Pues sabido de la Dama,  
aunque el Padre no lo obliga,  
con el desayre que hizo,  
en el alma agradecida,  
por ser contra un hombre, á quien  
su sombra es aborrecida:  
y por ver si el mismo es  
de las cartas referidas,  
en decir, que Roxas es  
lo mismo que ella leía;  
curiosa como muger,  
y porque Amor le decia,  
que este es Don Felix de Roxas,  
el que con fuerte cuchilla  
acuchillò á su enemigo,  
á quien tanto aborrecia:  
fuese al Hospital oculta,

y pues que le conocia,  
las mas señas le dirán  
si es el que buscado havia.  
Conocelo, y amorosa  
habla á Don Felix, y mira  
él el bien, que en sus palabras  
su calidad la descifra.  
Lagrimas los dos derraman;  
y en fin por una vecina  
á su casa fue llevado  
con las mortales heridas,  
sin que nadie lo supiese,  
ni el padre de Margarita.  
A costa, pues, de la Dama  
se curó como debia,  
no faltandole regalos,  
Cirujanos, medicinas,  
y alivio todas las noches  
con su amorosa visita.  
Sanó al cabo de seis meses,  
algo mejor se veía,

con



con ánimo , y fuerzas dobles,  
como las que antes tenía.  
Dixole la Dama entonces:  
que si yá se descubria,  
le daría para galas  
con el favor de pedirla.  
Don Felix le respondió  
con dolor: Que no podía  
hasta saber de Madrid  
sus cosas como corrían.  
Y ella le dixo: Bolved,  
señor Don Felix, aprisa  
á poner otros yerros  
como los que antes tenías.  
El galán le prometió  
hacerlo, como debía,  
en tanto, que de Madrid  
vienen algunas noticias;  
mas ella disimulando,  
con prudencia conocida,  
habló Don Felix al padre,  
pero él se encoleriza:  
Que un Mulato tan villano  
su pena se merecía.  
Pero Margarita viendo,  
que su padre se retira,  
y que enojado responde  
de avisar á la Justicia,  
á sus mismos pies se arroja,  
con lagrimas le suplica,  
que le perdone; y el Padre  
le otorgó, que lo haría,  
supuesto de que ha tenido  
tan generosa Madrina,  
que lagrimas de los ojos  
suelen vencer rebeldias.  
Llamóle luego al momento,  
donde humilde se arrodilla,  
y pidiendole perdon,  
se lo otorgó, y le decía:  
Que si en algo se metiera

en la casa, ó en Sevilla,  
si el mundo se rebolviera  
todo lo de abaxo arriba,  
escribiria á su amo,  
y de tal suerte sería,  
que lo echase á una Galera,  
si él en algo se metía.  
Con solo callar responde  
aunque le cueste la vida,  
tolerando con prudencia  
todo aquesto Margarita.  
Sucedió, que sobre tarde  
á divertirse salian  
al Rio Guadalquivir;  
y porque en todo se sirva,  
vá con ellos el Esclavo:  
pero yá desde una esquina  
miraba Don Agustin  
á Don Pedro, y Margarita;  
y sin de vista perderlos,  
trás la Carroza camina.  
Llegaron hasta el Patín  
de las Damas, donde havia  
una quadrilla de mozos  
con algazara, y con grita.  
Estaban jugando todos,  
y el Coche parado havia,  
ni por ruego del Cochero,  
ni el Amo, que lo pedia,  
jamás el juego paró:  
y Don Felix, como havia  
dado palabra en callar,  
cosa ninguna decia.  
Cobarde el otro Galán,  
con ellos no se atrevía:  
pero los locos mozuelos  
tantas locuras hacían,  
que se asombraron las mulas,  
cocean, saltan, y brincan,  
y sin poderlas tener,  
por diligencias que hacían:

en el Río se arrojaron  
(Cielos, qué grande desdicha!)  
adonde allí se ahogaron  
Cochero, y mulas malditas.  
Socorro piden los dos,  
grande lástima ponian,  
viendo en tan grave peligro  
al buen Don Pedro, y su hija:  
Don Agustin está elado;  
Don Felix, que esto veía,  
furioso se arrojó al Río,  
llegó al estrivo, y lo quita,  
sacó la Dama en sus ombros,  
y en tierra la deposita:  
y como es la noche obscura,  
que poco se determina,  
se la dió á Don Agustin,  
sin saber lo que se hacia.  
Bolvióse al Río, y sacó  
con hercyca valentia  
al Amo, quando la Dama  
está á un desmayo rendida:  
Besó la tierra mil veces,  
parte á abrazar á su hija.  
Bolvió ella de su desmayo,  
miró al que tan mal queria  
que con sus brazos la abraza,  
que de veneno le sirva.  
Agradeciolo su Padre,  
la Dama apenas respira,  
viendo á su amante cobarde,  
y á su enemigo con dicha.  
Pero como yá Don Pedro  
algo de este amor sabia,  
se la otorgó á pocos lances  
que allí entre los dos havia.  
Don Felix callando escucha,  
Don Agustin recibía  
favores á tanto amor  
(triste de aquel que suspira!)  
Traxeron un Coche luego,

y en él se meten: qué haria  
el que por librar su Dama,  
por poco pierde la vida?  
Y luego los dos á solas  
consultaron á sus dichas,  
entrambos ricos, y nobles  
lo que quisieron seria.  
Y así el casarse disponen,  
y antes que pase otro dia,  
celebraron los asientos,  
como el caso requeria.  
En fin, se llegó la hora,  
en que la Dama sentia  
su pena, dolor, y muerte,  
y en el alma aborrecia  
el casarse con un hombre,  
que aborrecido tenia.  
Llamó á Don Felix, y dice:  
Que por su gran cobardia  
la perdió. Qué dices, di,  
traidora, ingrata, enemiga?  
Sin duda, que muerta estabas,  
ó no viste, que traía  
la ropa Don Agustin  
enjuta, y que yo venia  
mojado? Infelice soy!  
Dura estrella! Pena impia!  
Pues qué dices, mi Don Felix?  
Tu fuiste (el dolor me priva!)  
quien del Río me sacó?  
Muerta estoy! No sé qué diga!  
Qué haré yo, si yá mi Padre  
á esto empeñado me obliga,  
y dada ya la palabra?  
Que te cases, enemiga,  
y que te olvides de mí!  
No es posible que yo viva,  
querido Don Felix mio.  
Mayor desdicha es la mia,  
pues por quererte yo á tí,  
I mi calidad está oprimida,



y como un humilde Esclavo  
sufro tantas perrerías:  
Tú te casas, no conmigo,  
tú gustas de ello, enemiga.  
Ay, Don Felix! yo me muero.  
Morir yo mejor sería;  
pues quieres que vea yo  
lo que á la muerte me obliga,  
yo mismo con esta daga  
me he de matar. Ten la ira,  
no te mates. No porfies.  
Oye, señor, oye. Quita,  
Circe enemiga, traidora!  
A este quarto te retira.  
Tú quieres (ay Santo Cielo!)  
que vea á mi propia vista,  
que dás á otro la mano,  
sin que de un trueno despida  
un voráz rayo, que aquí  
hoy me convierta en ceniza!  
Dexame matar, traidora.  
Dame á mí aquesas heridas:  
que viene mi Padre (ay Cielos!)  
mi bien, mis ojos, mi vida.  
Retírose: llegó el Padre  
con toda su compañía,  
y al oír decir mi bien  
á la hija, al quarto ahíla,  
y vido que era el Esclavo  
á quien a questo decía.  
Sacó la espada; mas ella  
la daga á Don Felix quita,  
pusose á la puerta, y dixo:  
Ninguno se descomida;  
señor Don Felix, decid  
la verdad. Qué perrería  
es esta? le dixo el padre;  
y Don Felix respondia:  
No hay perrería ninguna;

los hierros del róstro quita,  
diciendo; Yo soy Don Felix  
de Roxas, mi Patria misma  
es Madrid, á Sevilla vine  
por cosas que convenian.  
Yo ví á Margarita hermosa,  
habléla, y se resistia;  
mas viendo que contrastarla,  
en efecto, no podia,  
me obligó á hacerme su Esclavo,  
sufriendo todos los dias  
pesadumbres, y baldones,  
mil desayres, y desdichas  
de los unos, y los otros,  
y las pasadas heridas.  
Yo fui, señor, quien sacó  
del peligro á Margarita,  
y yo la puse en los brazos,  
sin saber lo que me hacia,  
del señor Don Agustín,  
esto mi espada lo afirma,  
y nunca fraudes havrá  
en Noble Cavalleria.  
Es Margarita mi esposa,  
sin haver quien me lo impida,  
á pesar de mis contrarios,  
aunque rebiente la embidia.  
Don Pedro pasó por ello,  
como lo mismo su hija,  
quedando los dos casados:  
y á Don Agustín combida  
con su hermana Doña Clara,  
que en Madrid quedado havia,  
quedando amigos, y hermanos,  
con gusto, y con alegría.  
Adonde Lucas del Olmo  
de esta historia peregrina  
promete al enamorado  
gusto, si Dios se lo embia.